

UN ESPÍA INGLÉS EN LA CORTE DE CARLOS III: EL
EJÉRCITO Y LAS RELACIONES HISPANO-BRITÁNICAS
(1776-1779)

*An English spy in the Court of King Charles III: the Army
and the Anglo-Spanish Relations (1776-1779)*

José Francisco PÉREZ BERENGUEL

Universidad de Alicante

RESUMEN: El artículo trata de las opiniones vertidas por uno de los mayores conocedores británicos de la realidad política y militar española de finales del siglo XVIII, Alexander Jardine, tomando como base los informes, hasta ahora inéditos, que éste enviaba periódicamente a su Gobierno durante su etapa de espionaje en España (1776-1779). En su opinión, la dependencia española de Francia y su fragilidad defensiva hacían improbable una pronta recuperación de Gibraltar e inútil una política de acercamiento por parte de Gran Bretaña. Ambos argumentos demostraron ser ciertos muy poco después.

Palabras clave: defensa, política exterior, Alexander Jardine, Carlos III, Gran Bretaña

ABSTRACT: The present paper is about the opinions given by one the persons better acquainted with the political and military panorama of the late Eighteenth Century Spain -Alexander Jardine. It reveals the reports, yet unpublished, he was sending periodically to his Government during his stay as a spy in Spain (1776-1779). According to these, an early recovery of Gibraltar and a closer connection between Britain and Spain were very unlikely to happen, due to the Spanish dependance on France and its defensive fragility at the time. Both arguments proved right very soon afterwards.

Key words: defence, foreign affairs, Alexander Jardine, King Charles III, Spain.

ABREVIATURAS:

PRO: *Public Record Office.*SP: *State Papers.*FO: *Foreign Office.*

La carrera militar de Alexander Jardine (-1799) se inicia en marzo de 1755, cuando ingresa como soldado raso en el cuerpo de artillería. Dos años más tarde, entraría como cadete en la *Royal Academy of Artillery* de Woolwich. Sale de la Academia el 8 de febrero de este año, con el rango de *lieutenant fireworker*, y se incorpora seguidamente al servicio activo. Es la época de la Guerra de los Siete Años (1757-1763) en los que Gran Bretaña, junto a Prusia, se encontraba luchando contra Francia, Austria y Rusia. Participó en los ataques contra la costa francesa y en el desembarco fallido en el norte de Bretaña, siendo posteriormente enviado a las campañas en las Indias Occidentales, donde Gran Bretaña consiguió importantes éxitos¹.

El 11 de septiembre de 1762 es ascendido a *second lieutenant*, tras lo cual es enviado a Gibraltar para participar en la defensa del Peñón. España ya había firmado el Tercer Pacto de Familia con Francia y, por tanto, era fácil aventurar la posibilidad de una nueva guerra de este país contra Inglaterra. Su permanencia en la Roca se alargaría hasta la firma de la llamada Paz de París, un año más tarde, e iba a marcar de una manera clara toda su trayectoria vital posterior, ya que supondría el comienzo de una larga etapa de vinculación a España que le iba a convertir con el tiempo en el mayor experto de su país en cuestiones peninsulares. Además, esa estancia en Gibraltar le brindó la posibilidad de visitar muchos países del Mediterráneo, así como contribuir a planificar la propia organización defensiva del enclave.

El 28 de mayo de 1766 es ascendido a *first lieutenant* y enviado de nuevo a España por el general John Irwin², «para conocer y destruir los planes de esa Corte y del duque de Crillon contra Gibraltar», ya que este enclave, según Jardine, «estaba amenazado [...] y corría más peligro del que se cree»³. La preocupación del Gobierno inglés por Gibraltar debía ser grande, ya que este paso aseguraba

1. *War Services of Officers of the Royal Artillery: 1716-1763*, p. 85. Recopilado por M.E.S. LAWS, 1973. Manuscrito depositado en la biblioteca de la *Royal Academy of Artillery*, en North Woolwich (Londres).

2. General inglés que durante los años 1766-1768 desempeñó el puesto de gobernador de Gibraltar.

3. PRO, FO 72/1.

una posición de supremacía política y militar en el Mediterráneo occidental y el control del comercio en toda la zona. Más adelante, en 1771 fue enviado por el gobernador de Gibraltar, Stephen Cornwallis, a la Corte de Marruecos con el fin de averiguar la disposición de este Reino hacia Gran Bretaña, así como su posición en caso de guerra con España. El largo tiempo pasado en Gibraltar le sirvió, además, para recoger una enorme cantidad de observaciones profesionales valiosas que presentaría posteriormente en la *Regimental Society* de la Academia de Artillería de Woolwich.

Jardine viaja a España en 1776 para «un asunto muy delicado y peligroso»⁴, a petición de Lord Weymouth y Anthony Chamier, secretario y subsecretario respectivamente del Departamento de Estado para Asuntos del Sur, y tras haber sido recomendado por Lord George Germain⁵ y Sir John Irwin por ser «el oficial del Ejército de Su Majestad más familiarizado con aquel país, su idioma y su Gobierno»⁶. Su misión consistía en informar sobre la situación real del país y estar preparado para, en caso de guerra, poder actuar como *Quarter Master*⁷ de una expedición contra España. El éxito de la misma dependía, en buena medida, de pasar inadvertido y evitar cualquier tipo de sospecha, por lo que se consideraba necesario su pase a la situación de invalidez y su posterior nombramiento como cónsul en algún puerto comercial español. De todos modos, esta situación no debió durar mucho ya que poco después, en 1777, regresaría a Gran Bretaña para recibir nuevas órdenes, que consistían en viajar por todo el país como «oficial retirado», en compañía de su familia, y en obtener así toda la información de la que pudiera disponer. En total, y según sus propios cálculos, recorrería unos doce mil kilómetros, dentro de los cuales deben incluirse sus viajes a Francia y a Portugal, enviando informes completos a la Secretaría de Estado y aumentando sus conocimientos sobre España, hasta que se produjo la firma del Tratado Secreto de Aranjuez con Francia, que supuso la reanudación de hostilidades con Inglaterra y que forzó, por tanto, su salida precipitada del país.

Ya desde un primer momento Jardine se quejaba en sus cartas de los constantes celos que despertaba su presencia en España, debidos fundamentalmente a su condición de «hombre de guerra»⁸. Pero cómo no sospechar de alguien que mandaba unos informes como los referidos a La Coruña y El Ferrol, llenos de observaciones de carácter estratégico y defensivo y en los que se permitía incluso

4. *Idem*, *Memoranda of Captain Jardine's Case*.

5. George Sackville Germain (1716-1785), conocido a partir de 1770 como Lord George Germain. Tras ser nombrado teniente general en 1757, se convirtió en un político muy influyente y fue objeto de virulentos ataques partidistas.

6. PRO, FO 72/1, *Carta de Lord Grantham a su Majestad*.

7. Debía tratarse de un oficial encargado de la intendencia.

8. PRO, SP 94/205.

aconsejar la fecha más favorable para un posible ataque inglés a dichos puertos y señalaba unos planes de asalto muy precisos que incluían diferentes fases y alternativas. A mediados de 1778, realizó un viaje a Portugal, desde donde escribió una carta a Lord Grantham⁹, en la que insistía en su difícil situación y en las sospechas que su presencia despertaba en La Coruña, hasta tal punto que sus amigos le han aconsejado «que no aparezca todavía por allí». De este modo, y con el fin de tranquilizar a su mujer, solicita la mediación del embajador inglés para la concesión de algún tipo de permiso o protección del Gobierno español que vaya dirigido al gobernador militar de La Coruña, ofreciendo como contrapartida no volver más a El Ferrol, arsenal y una de las tres bases navales existentes entonces¹⁰.

El recelo y las sospechas, bien fundadas como hemos tenido ocasión de ver, se convierten en medidas concretas cuando estalla el conflicto. En un primer momento, Jardine, junto a su familia y la colonia inglesa de esa zona, es obligado a permanecer confinado en espera de su traslado a Inglaterra. Pero este viaje de vuelta no sería muy cómodo ni se iba a realizar directamente desde España, ya que en su primera carta desde Portugal, escrita en 1779, Jardine señalaría lo siguiente:

Nos vimos forzados, por un exceso español de cautela, a partir antes de lo esperado y a hacer un circuito por los senderos y montañas más difíciles, junto a los niños, unas veces en literas, otras en carros, alojándonos de noche en cualquier tugurio, que ni siquiera disponía siempre de paja donde dormir; pero los niños son unos viajeros excelentes y las dificultades constituyen una diversión para ellos¹¹.

LOS INFORMES PREVIOS

En los archivos británicos existe un informe completo de la correspondencia enviada por Jardine a Chamier bajo el título de *Military Memoranda of Spain*¹²,

9. Thomas Robinson, segundo barón Grantham, había sido embajador inglés en Madrid desde 1771 hasta el inicio de hostilidades en 1779. Engañado por Floridablanca, Grantham confió en la neutralidad de la Corte española hasta el último momento, en contra de la opinión expresa de Jardine.

10. BRITISH LIBRARY, ms. 24,165, f. 126 (Lisboa, 30 de junio de 1778).

11. JARDINE, ALEXANDER: *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, & c.* London, T. Cadell, 1788, vol. II (*Letters from Portugal*), p. 394.

12. PRO, S.P. 94/254. Aunque no está fechado, se incluye dentro de un fichero con la correspondencia del Departamento para Asuntos del Sur del Gobierno británico que abarca desde 1771 hasta 1780. Consiste en una recopilación de sus cartas a Anthony Chamier y posiblemente fue mandado por Jardine durante el último año de estancia en la Península (1779), desde La Coruña o Portugal y poco antes de su vuelta a Inglaterra.

que consta de diecisiete folios por ambas caras y que, al igual que su libro, está escrito sin hacer mención expresa de su autoría. Sin embargo, los temas tratados, las opiniones vertidas y el tipo de letra empleado delatan que la persona que se esconde detrás de la anónima pluma no es otra que Alexander Jardine. Dicho informe contiene una parte importante del material que aparecería después en su *Cartas de España*, aunque más centrado en observaciones de carácter militar y estratégico. Posteriormente, en 1783, encontramos un nuevo informe, titulado *Some Memoranda for Treating with Spain*¹³, muy parecido al anterior, dirigido esta vez al embajador Grantham y realizado para justificar la misión que había estado desempeñando en España y, con ello, los diferentes gastos en los que había incurrido y de los cuales esperaba conseguir una reparación. Se repiten una vez más muchas de las ideas que posteriormente plasmaría en su libro, aunque en esta ocasión deja un poco de lado la cuestión militar para centrarse en la política exterior y, principalmente, en la estrategia a seguir con el Gobierno español. Jardine señala que dicho informe servía para completar la información y las observaciones militares que había mandado anteriormente en dos épocas distintas: en 1766, en tiempos del difunto Lord Chatham¹⁴, a través de Sir John Irwin y cuando Gibraltar se encontraba amenazado por el duque de Crillon¹⁵; y en 1777-1778, en vísperas de una guerra con los Borbones «que nadie conocía ni creía posible hasta que yo mostré la evidencia de ello tan pronto como en 1777».

Las ideas más importantes de estos dos informes son aquellas que se refieren a la situación defensiva española, al valor estratégico de Gibraltar y el Mediterráneo y al estado de las relaciones bilaterales entre España y Gran Bretaña, y aparecen resumidas a continuación:

LA SITUACIÓN DEFENSIVA ESPAÑOLA

Tras realizar una descripción de la posición defensiva española en La Coruña y El Ferrol, Jardine propone diferentes estrategias y fases de ataque para hacer frente a la misma. La mayor novedad, sin embargo, la constituye su descripción, bastante incompleta por cierto, de la situación defensiva de la costa mediterránea

13. PRO, FO 72/1. Este informe es posterior y aparece incluido en los documentos del *Foreign Office* referidos a España, correspondientes a los meses de enero a mayo de 1783.

14. William Pitt, apodado El Viejo, primer conde de Chatham y gran estadista inglés, fue dos veces primer ministro (1756-1761 y 1766-1768) y, durante su mandato, aseguró la transformación de Inglaterra en un imperio.

15. Luis de Balbes de Berton de Quiers, duque de Crillon (1717-1796), militar francés que prestó una valiosa ayuda a su país durante la Guerra de los Siete Años y que, en 1762, se pasó al servicio de España, donde fue nombrado general y actuaría como uno de los militares responsables del frustrado asedio de Gibraltar.

española. La falta de detalles precisos y el hecho de pasar por alto algunas de las ciudades más importantes parecen indicar un cierto desconocimiento previo de la zona, razón que justificaría la omisión de cualquier tipo de referencia a ésta en su libro. Comienza por Figueras, Gerona y Barcelona para, a continuación, seguir por Tarragona, Valencia, Alicante y Cartagena y acabar finalmente en Málaga. Según Jardine, todas estas ciudades podrían ser destruidas sin la menor dificultad, ya que o se encuentran mal defendidas (a excepción de Cartagena) o carecen de la menor protección y, por ello, están expuestas a la mayor potencia marítima de Inglaterra. De este modo, propone su hostigamiento a cada ocasión que pueda presentarse y señala que Cartagena, aunque es el enclave más protegido, constituye el objetivo principal de cualquier ataque y resulta también muy vulnerable. Por último, y por lo que respecta a Gibraltar, Jardine señala con cierta petulancia que él es una de las pocas personas que conoce la forma de atacarlo y sus puntos débiles pero que, por esa misma razón, no debería hacer pública dicha información.

GIBRALTAR Y EL MEDITERRÁNEO

Se repite aquí la opinión que expresa en sus *Cartas* (Carta XXXI). De este modo, España no podía ofrecer nada a Inglaterra que tuviera la misma importancia que Gibraltar, ya que dicho enclave era el principal responsable de la supremacía que Inglaterra, como primera nación marítima del mundo, ejercía en el Mediterráneo. Su devolución no supondría, según Jardine, el restablecimiento de la relación de amistad con España y su alejamiento de Francia sino que, por el contrario, «ese período aún queda demasiado lejos» y, por tanto, Inglaterra debe ocuparse de introducir todo lo que pueda de contrabando. Asimismo, las costas de Francia y España resultan vulnerables al poder inglés, especialmente las últimas, e Inglaterra debe dejar constancia de dicha superioridad.

POLÍTICA EXTERIOR CON ESPAÑA

Una vez finalizado el conflicto colonial con Norteamérica, Inglaterra debe volver la vista a Europa y permanecer alerta ante sus vecinos más cercanos. Sus enemigos van a ser los reinos borbónicos y sus principales aliados Portugal y Marruecos, por tanto la política a seguir se resume en la siguiente frase: «enemistad con los Borbones, y amistad con todos los demás» En consecuencia, respecto a las pautas a seguir con España, Jardine señala lo siguiente:

Que ella [España] es y seguirá por mucho tiempo siendo nuestra enemiga natural, resuelta e inveterada, a la que ni tan siquiera muchos Gibraltares podrán comprar y que, por lo tanto, no deberíamos intentar apartarnos de la

corriente sino dejarnos arrastrar por ella, sacarle el máximo partido y actuar en consecuencia¹⁶.

En su opinión, la Corte española es hoy en día «la más misteriosa, celosa y astuta de toda Europa», puesto que, desde la llegada de los Borbones al trono de España, este país mantiene una situación de dependencia total de Francia, hasta el punto de haberse convertido en una provincia más de ella. No existe base alguna para que dicho país se considere superior, ya que sus problemas son muchos e imposibles de resolver: gobierno despótico, la Inquisición convertida en el primer poder del Estado, falta de desarrollo agrícola, falta de caminos, un sistema fiscal basado en la opresión y el abuso, escaso desarrollo de las manufacturas y la industria, falta de preparación para la guerra y, por último, dificultad de un mayor crecimiento para su comercio. Por tanto, estas razones tan diversas «podrían servir para mostrar lo poco que tenemos que esperar o que temer de España». Las autoridades españolas airean mucho, según Jardine, la posibilidad de que Inglaterra esté entrando en una fase de decadencia después de perder las colonias americanas, así como la supuesta importancia del comercio que dicho país mantiene con España, pero ambas consideraciones resultan infundadas ya que la superioridad inglesa es manifiesta y su capital podría prescindir perfectamente de sus relaciones con España. Antes al contrario, la necesidad de algunos de los productos que se producen en este país podría servir de estímulo a la industria inglesa. Además, las relaciones comerciales con España no son muy importantes, opina Jardine, al menos mientras Inglaterra pueda seguir comerciando con Portugal e introduciendo desde allí sus mercancías de contrabando. Por todo ello, llega a la conclusión de que es mejor que España sea la enemiga de Inglaterra antes que una aliada débil y vulnerable. No obstante, la última consideración que aparece en el segundo informe será la que contenga, sin duda alguna, la mayor dosis de desconfianza:

Apenas hace falta mencionar que España no tendrá escrúpulo alguno a la hora de tomar Jamaica, la Costa de los Mosquitos, Gibraltar, etc. en época de paz¹⁷.

LAS CARTAS DE ESPAÑA

Los años posteriores a su vuelta a Inglaterra en 1779 debió dedicarlos Jardine, por mediación de algunos de sus mejores amigos, como Alexander Fraser¹⁸, a la

16. PRO, SP 94/254.

17. PRO, FO 72/1, f. 112.

18. Militar inglés que estaba sirviendo en Gibraltar en 1778, donde resultó herido, y que posiblemente le fuera presentado a Jardine durante su breve visita al Peñón de ese mismo año.

recopilación de sus cartas y a la posterior publicación de su libro *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, &c.*, que vio la luz en Londres en 1788 y constituye uno de los análisis más completos y certeros de la situación española de la época. Lejos de limitarse a describir las bellezas monumentales o a proporcionar una innumerable serie de datos sobre diferentes aspectos de la vida del país, como habían hecho otros viajeros ingleses, Jardine se dedicó a cumplir con su encargo de analizar las causas de la situación actual de decadencia, así como a valorar las posibles actuaciones del Gobierno en lo referente al desarrollo de las diferentes artes, y en especial en la política, el comercio y la guerra. La difusión de esta obra vendría avalada por su pronta traducción al alemán¹⁹ y, sobre todo, por su éxito en Inglaterra, donde llegó a alcanzar tres ediciones (y varias reediciones) en un período tan sólo de veinte años a partir de su primera publicación. Las razones para no publicarse en castellano son, por un lado, la extraordinaria dureza que el autor emplea en su ataque contra algunas de las instituciones y estamentos sociales de la Monarquía Borbónica y, por otro, la inoportunidad del momento concreto de su publicación, tan sólo un año antes del estallido de la Revolución Francesa y de la posterior reacción que dicho acontecimiento iba a desencadenar en el Gobierno español.

Las ideas más importantes que aparecen en su libro son aquellas que se refieren a la guerra y la estructura del Ejército, a la situación defensiva española y a Gibraltar y las relaciones bilaterales hispano-británicas, y aparecen resumidas a continuación.

EL EJÉRCITO Y LA GUERRA

Jardine tenía el convencimiento firme de que las guerras entre naciones reportaban al país muchas consecuencias beneficiosas. El ejemplo que mejor servía, según él, para ilustrar esta opinión era el gran número de personajes del mundo de la política y del pensamiento que habían destacado bajo el reinado de Guillermo de Orange, justo cuando Inglaterra se encontraba tomando parte activa en diferentes conflictos continentales. Jardine iría aún más lejos al señalar que las innumerables consecuencias perniciosas que se desprenden de una situación de paz prolongada son «un aumento de la indolencia, el lujo, el afeminamiento, la debilidad y la ruina nacionales». (Carta XVI) La posición claramente belicista adoptada por éste, especialmente cuando intenta convencernos de las muchas

19. Según FOULCHÉ-DELBOSC, R.: *Bibliographie des Voyages en Espagne et en Portugal*. (Edición facsimilar [H. Welter, 1896], Madrid, Julio Ollero Editor, 1991, ord. 181, p. 129) se publicó en alemán (Leipzig, 1790), con el título *Bemerkungen über Maroko, desgleichen über Frankreich, Spanien und Portugall*.

bondades que conlleva la entrada de un país en guerra deberíamos seguramente contemplarla en el contexto de la propia misión de espionaje que había venido a desempeñar a España, así como al destacado papel que estaba llamado a jugar en caso de conflicto. A pesar de ello, resultan muy difícil de justificar, incluso en boca de un militar, los excesos verbales que contienen afirmaciones como la de que las guerras «son quizás tan necesarias en el mundo político o moral, como los truenos o las tormentas lo son en el natural». (Carta XVI) Lejos estaba entonces de suponer que algún día, y para desgracia suya, se acabaría convirtiendo en una víctima más de la intransigencia que provoca cualquier guerra.

Este mismo convencimiento de las muchas ventajas de la guerra le lleva a atacar también las doctrinas pacifistas esgrimidas por algunos eruditos y «personas de buena voluntad», y a pedir que sean evitadas por los gobiernos, «ya que resultan inadecuadas para este mundo». La solución, señala Jardine, pasaría por obligar a estas personas a que ocupen su tiempo en aprender ejercicios militares, de tal modo que lleguen a completar su vida sedentaria con otra que sea más militar, y lleguen así a conjuntar «las armas a las letras». (Carta XVI) La razón principal que esgrimía para justificar esta necesidad de estar siempre preparados para la guerra era el papel predominante que Inglaterra estaba llamada a desempeñar en el conjunto de las naciones europeas, el cual, de seguro, debería despertar no pocos recelos entre sus numerosos vecinos. De este modo, propone dos posibles soluciones para hacer frente a la desmilitarización de entonces: permanecer en un estado de alerta permanente, y disponer de una disciplina generalizada en todos los estamentos del país. Sostiene, asimismo, que la seguridad de las naciones dependía en gran medida de su parecida preparación para la guerra, por lo que resultaba necesario establecer un cierto equilibrio entre los diferentes países que se disputaban la supremacía. Esta idea no resultaba tan descabellada, como por desgracia nos demuestra repetidamente el propio curso de la historia, ya que no han sido pocas las ocasiones en las que una ruptura de este equilibrio ha desembocado en un conflicto bélico.

Algunas de las medidas más importantes que Jardine estimaba necesario aplicar en Inglaterra eran la inclusión de nuevo de la formación militar en la educación de los nobles, así como la dotación de armas y de preparación militar al resto de la población, ya que, en su opinión, «desatender, desalentar y desacreditar el espíritu militar, como solemos hacer nosotros en tiempos de paz, resulta una doctrina sumamente peligrosa». (Carta XVI) La situación actual de abandono de las armas y de mantenimiento de un Ejército exclusivamente profesional se debía a la mayor ocupación de los hombres provocada por una mejor división del trabajo, así como a la dejación de las labores defensivas en manos de otras personas que se dedican exclusivamente a ello a cambio de un sueldo. Las consecuencias

de ello serían de suma importancia, según Jardine, ya que el pueblo acabaría renunciando a muchos de los derechos civiles o políticos que antes poseía y, por tanto, el propio Gobierno iría degenerando progresivamente «en el despotismo, más tarde se debilitarán impunemente, y acabarán cayendo presa de la primera nación libre y guerrera que pueda atacarles en unas cuantas guerras consecutivas». (Carta XXVII).

Jardine se quejaba también de las deficiencias que presentaba la educación militar en Inglaterra, dado que era fácil encontrar entre los militares los efectos de «la tiranía y la ignorancia» (Carta XXIII). De cualquier manera, todavía era posible encontrar entre ellos algunas de las personas mejor capacitadas para desempeñar aquellos puestos que requieran una mayor responsabilidad, aunque siempre que «se encuentren bajo algún tipo de control», y ello debido fundamentalmente a su formación en «los hábitos de la economía y las ideas estrictas del honor». (Carta XXIII).

Jardine era partidario de la militarización permanente de la sociedad en etapas sucesivas, ya que ésta conllevaría, en su opinión, muchas otras ventajas adicionales a la propia de disuasión, como serían la mejora del carácter de la nación, el desarrollo de las artes relacionadas con la guerra, y la adquisición de un cierto grado de urbanidad. De este modo, y para evitar unas consecuencias tan perjudiciales para la nación, proponía la creación de lo que él llama un Ejército «circulante», en el cual todo el mundo serviría en reemplazos sucesivos.

El modelo de Ejército inglés no sería el ejemplo a seguir, según Jardine, porque «nuestros cuerpos o regimientos actuales son ciertamente unos pocos puñados de hombres insuficientes e indefensos y con escasos recursos». (Carta XXXV) Aunque no se mostraba muy optimista de que esta situación acabara cambiando, ya que el carácter insular de los británicos tampoco parecía contribuir demasiado a ello:

Supongo que nada que no sea una verdadera invasión podrá convencernos jamás a nosotros, los insulares, para que nos preparemos para la guerra. (Carta XXXV).

Antes bien, el modelo que parecía tener Jardine en mente era el de Suiza, que conllevaría la recluta militar obligatoria de todo el país, así como el abandono de la idea de un Ejército profesional que pudiera funcionar al margen del resto de la sociedad. Éste, además, tendría que estar formado por un grupo reducido de personas distintas en cada momento, y debería asemejarse a las propias instituciones civiles de las que forman parte.

LA SITUACIÓN DEFENSIVA ESPAÑOLA

El propio carácter de la misión que Jardine desempeñaba en España le otorgaba una especial trascendencia a muchas de sus opiniones acerca de la situación militar del país, razón por la cual muchas de ellas no iban a estar exentas de una cierta ambigüedad bien calculada. De este modo, al tiempo que afirmaba que «el pueblo poseía aún algunas de las cualidades que son esenciales para la formación de buenas tropas», como la valentía, la firmeza, la moderación y la perseverancia, definía también a los españoles como «cruels, vengativos y violentos, cuando están bajo el influjo de fuertes pasiones». (Carta XXXV) La valoración conjunta de estas características tan dispares le llevan a pensar que el país quizás no se encuentre tan preparado para la guerra como solía estarlo anteriormente, especialmente debido a la gran evolución que ésta había experimentado últimamente, y a la exigencia de otro tipo de cualidades distintas de las que los españoles poseían en la actualidad y que tan famosos les hicieron en épocas pasadas. Jardine dudaba, por lo tanto, de la capacidad española para volver a desempeñar su eminente papel anterior, salvo que concurrieran tres circunstancias que resultaban casi imposibles en el momento actual, esto es, «oficiales excelentes, una guerra activa y una buena disciplina». No obstante, de concurrir estas tres cosas, quizás «podrían volver a convertirse en las mejores tropas del mundo». (Carta XXXV).

Jardine alababa el sistema de recluta obligatoria que existía en España, dado que se parecía mucho a lo que él propugnaba para Inglaterra. Se refería al nuevo sistema de cuotas introducido en el Ejército a partir de 1770, mediante el cual cada año se adjudicaba un número de reclutas forzosos a cada provincia, de entre los solteros de 17 a 30 años, elegidos por sorteo para prestar un servicio de ocho años. No obstante, advertía del riesgo de que un buen sistema como éste, en un país donde todo funcionaba tan mal, acabara originando un mayor despoblamiento y una destrucción de la escasa industria que tenían. Las razones había que buscarlas en el hecho de que una parte importante de la población estuviera exenta de dicho servicio, como ocurría con los hidalgos, funcionarios, maestros artesanos, etc., y que condujo finalmente a que sólo los más pobres y con menor influencia social fueran los «elegidos» para enrolarse en el Ejército. Las palabras de Lynch nos resumen bien los pormenores de esta situación:

Los afectados sobornaban a los magistrados, recurrían a influencias, se escondían, huían o se casaban, cualquier cosa antes de enrolarse en el Ejército, porque la vida en el Ejército se consideraba, acertada o erróneamente, como la peor posible²⁰.

20. LYNCH, John: *El siglo XVIII*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 276.

A esto había que unir también la fuerte resistencia que determinadas regiones como el País Vasco, Navarra y Cataluña ponían a este reclutamiento forzoso. El sorteo que dictaminaba a los elegidos resultaba bastante impopular, y, como ya hemos visto, no pocas veces era evadido con la ayuda de cualquier miembro influyente de la sociedad. Finalmente, este sistema acabó siendo abandonado, debido a su inoperancia, a partir de 1776.

El rechazo social ante el servicio militar sólo se veía compensado, y no suficientemente, por el fuero especial que disfrutaban los militares, semejante al que ya disfrutaban los clérigos. En medio de una situación tan caótica, Jardine mostraría su predilección por los catalanes y por los habitantes de las regiones cantábricas, puesto que, en su opinión, éstos eran los únicos con los que todavía era posible formar algunos «regimientos excelentes» (Carta XXXV). Por último, apuntaría otro dato fundamental como era la situación defensiva del país, la cual resultaba muy vulnerable por la gran fragilidad de sus propias fronteras, tanto navales como terrestres. En el primer caso, debido a la inferioridad naval y a la debilidad defensiva que presentaban los principales puertos del país; y en el segundo, por el hecho de que fueran los franceses, los virtuales enemigos de Inglaterra, «los propietarios de los pasos principales». (Carta XXXV).

GIBRALTAR Y LA POLÍTICA EXTERIOR CON ESPAÑA

Para entender mejor las opiniones de Alexander Jardine sobre esta relación hay que situarse en el contexto histórico de la época. Por tanto, es necesario tener en cuenta que era un período de intensas disputas diplomáticas entre ambos países y que iba a motivar, en gran medida, la misión «especial» que tenía encomendada Jardine. Además, tan sólo unos cuantos años antes, tras la firma del Tercer Pacto de Familia (1761) con Francia, España había estado enfrentada con Gran Bretaña, y esta situación no iba a terminar hasta la firma de la Paz de París (1763), por cierto, en condiciones nada favorables. De este modo, es en esta situación bilateral de guerra fría en la que Jardine pide al Gobierno inglés que, por estrictas razones de «prudencia política», considere a España como su enemigo natural e intente sacar el máximo partido posible a todo ello, mediante el contrabando de todas aquellas mercancías que tuvieran demanda y no pudieran ser introducidas de ninguna otra manera dentro de los cauces establecidos para ello. El objetivo último que parecía perseguir el Gobierno español con su política de hostigamiento comercial a los productos ingleses parecía ser el de acabar declarando la guerra a Gran Bretaña, y alejar así a su comercio definitivamente de este país. Para Jardine, no podía ser otra la razón que motivaba los muchos inconvenientes que tenía que afrontar el comercio inglés en España, especialmente si se tenía en cuenta que todos sus productos eran gravados con unos derechos de aduana que en algunos

casos ascendían hasta el cuarenta por ciento de su valor, lo cual equivalía casi a su misma prohibición.

A pesar de esta situación, Jardine aprovecharía cualquier ocasión para señalar los muchos beneficios que se derivaban de una colaboración mutua entre los dos países, ya que «con ningún país pueden España y Portugal comerciar con mayor provecho que con Inglaterra». (Carta XXV). Por esta razón, señalaba Jardine, si España tuviera bastante sentido común y defendiera de verdad sus propios intereses y no los de alguna otra nación vecina (en clara referencia a Francia) debería permanecer neutral en el nuevo conflicto desatado entre Inglaterra y dicho país. El principal beneficiario de esta neutralidad sería su comercio, dado que «el mundo necesitará pronto cargueros y pabellones neutrales». (Carta XXXI).

La razón oficial que parecía impulsar a España a participar en esta guerra no era otra que su deseo de recuperar la soberanía sobre el enclave de Gibraltar, por lo que ya se estaban haciendo algunos preparativos para establecer allí un costoso bloqueo. De cualquier manera, señala Jardine, la utilidad que Gibraltar podía tener para España era muy escasa, especialmente ahora que «quieren introducir colonias de habitantes en España, y aquí hay ya una y sin gasto alguno». (XXXI). Otra vez se permitía Jardine cierto sarcasmo, al tiempo que advertía del absurdo de entrar en un conflicto del que no cabía esperar nada positivo, y sí muchas «consecuencias perniciosas». A pesar de la obviedad de este planteamiento, no se iba a mostrar muy optimista sobre la posible neutralidad española, y ello porque España aún seguía siendo gobernada por la misma dinastía borbónica que regía en Francia y, como consecuencia de ello, la antigua actitud de enemistad hacia los franceses se había ido transformando en otra de abierta hostilidad hacia Inglaterra. Esta situación sólo era posible, observa Jardine, allí donde existía una forma absolutista de gobierno en el que «las pasiones, costumbres y prejuicios de una Corte, un confesor o una querida determinan con frecuencia las medidas políticas más importantes». (Carta XXXI).

Por lo tanto, Gran Bretaña debía permanecer alerta frente a España, al menos mientras este país estuviera regido por un Gobierno que anteponía la defensa de los intereses de otra nación a los suyos propios. El fracaso de la anterior experiencia de los «pactos de familia» también estaba ahí para darle la razón, y el tercero y último de los firmados hasta la fecha constituía el mejor ejemplo de todo ello, dado que Francia forzó a España a suscribirlo con la única intención de que su entrada en la guerra hiciera posible una firma del tratado de paz en mejores condiciones. Además, la situación económica de Francia y España era tan desigual que Jardine proponía que Gran Bretaña ayudara a España hasta que este país pudiera volver a situarse en un plano de mayor igualdad con Francia. De fracasar en esta tarea, apunta Jardine, a Gran Bretaña no le quedaría otro remedio que considerar a España como su enemigo natural, máxime cuando,

como hemos visto, «todo el antiguo repertorio de enemistad secreta frente al poder borbónico se encuentra ahora aplastado o acabado». (Carta XXXI).

Jardine no creía que Gibraltar fuera ni la razón única ni la más importante de la entrada de España en una guerra contra Gran Bretaña, y por lo tanto pensaba que su devolución a España no supondría en ningún caso la solución del problema:

[...] es una de las consecuencias, pero no el origen de nuestra disputa, y poco deben saber del mundo los que suponen que tendríamos una mayor influencia sobre España sin Gibraltar en la mano que con él. (Carta XXXI).

Además, la importancia de este enclave para el comercio marítimo en el Mediterráneo era enorme. De cualquier modo, su grado de autocomplacencia parecía no tener límites, especialmente cuando señalaba que no sólo la mayoría de las naciones que comerciaban en este mar sino también «muchos de los propios españoles» deseaban que éste siguiera en manos inglesas, para que este país pudiera continuar asegurando así la libertad comercial de la zona. Además, señala Jardine, la propia influencia de Inglaterra en estos países se basaba en la soberanía de este enclave, y su pérdida supondría un lastre importante tanto para su interés como para su propio orgullo nacional, asuntos ambos que «no deben admitir verse reducidos ya a un nivel semejante». (Carta XXXI).

A pesar de todo lo hasta aquí expuesto, Jardine no dejará pasar ocasión sin poner nuevamente de manifiesto su sincero y cordial aprecio hacia España, y sin señalar la necesidad de que este país y Gran Bretaña establecieran unas relaciones más estrechas y beneficiosas para ambas naciones. Para que esto fuera posible, sería necesario primero reformar el tipo de gobierno existente en España, y después fomentar las relaciones comerciales y políticas entre los dos países. Una relación de amistad y cooperación con Gran Bretaña acabaría siendo a la larga muy beneficiosa para el desarrollo de España. Además, un vínculo así podría hacer finalmente posible que un antiguo refrán añorado por Jardine volviera a oírse de nuevo en boca de los españoles:

«Con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra». (Carta XXV).